

HARRY HARRISON

LA RATA
DE ACERO
INOXIDABLE



minotauro

HARRY HARRISON

**La RATA
DE ACERO
INOXIDABLE**

minotauro

La rata de acero inoxidable

Título original: *The stainless steel rat*

Copyright © 1961 Harry Harrison

The right of Harry Harrison to be identified as the author of this work has been asserted by him in accordance with the Copyright, Designs and Patents Act 1988.

Traducción: © José María Cruz

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Revisión: Balloon Comunicación

ISBN: 978-84-450-1698-5

Depósito legal: B. 2.213-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra *newsletter* en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

Cuando la puerta de la oficina se abrió repentinamente, comprendí que la partida estaba perdida. Había sido muy productiva, pero se había acabado. Al ver entrar al policía, me recliné en el sillón y fingí una sonrisa feliz. Tenía la misma expresión sombría y el caminar pesado que tenían todos... y también la misma falta de humor. Casi me sabía de memoria las palabras que iba a decir antes de que articulase una sola sílaba.

—James Bolívar di Griz, le arresto acusado de...

Esperé a que dijera la palabra *acusado* porque pensé que era un gesto de buen gusto. Mientras la pronunciaba, oprimí el botón que disparaba la carga de pólvora negra del techo, con lo que cedió la viga transversal, y la caja fuerte, de tres toneladas, cayó justo encima de la cabeza del policía. Quedó aplastado muy limpiamente; gracias a Dios. Cuando se despejó

la polvareda del yeso, todo lo que pude ver de él fue una mano, ligeramente torcida. Después se movió un poco y el dedo índice me señaló acusadoramente. Su voz sonó algo ahogada por la caja de caudales, y parecía ligeramente molesto.

—... Acusado de entrada ilegal, robo, falsificación...

Siguió así durante un rato. Era una lista impresionante, pero ya la había oído antes y no permití que me impidiera llenar mi maletín con todo el dinero que quedaba en los cajones del despacho. La lista terminaba con un nuevo cargo, y yo habría jurado sobre un montón de billetes de mil créditos que había un tono de reproche en su voz.

—Además, será añadido a su expediente el cargo de atacar a un robot policía. Ha sido en vano, dado que mi cerebro y mi laringe están acorazados y en mi sección central...

—Lo sé bien, George, pero tu pequeño equipo emisor y receptor está situado en lo alto de tu puntiaguda cabeza y, por el momento, no quiero que pases el informe a tus amigos.

Derribé la salida de emergencia de una patada, dejando al descubierto unos peldaños que conducían hasta la planta baja. Mientras esquivaba los cascotes del suelo, los dedos del robot trataron de atraparme una pierna, pero como ya me lo esperaba, se cerraron en el vacío, a unos dos centímetros de distancia. He sido perseguido por suficientes robots policía como para saber lo indestructibles que son. Ya puede uno volarlos o derribarlos que ellos continúan detrás de ti, apoyándose sobre un solo dedo que les quede sano y

farfullando discursos moralizantes sin parar. Eso era lo que este estaba diciendo. Que dejara mi vida delicativa, que pagase mi deuda con la sociedad y cosas por el estilo. Aún podía oír el eco de su voz por el hueco de la escalera cuando llegué al sótano.

Ahora cada segundo era importante. Disponía aproximadamente de tres minutos antes de que empezaran a seguirme. Y me llevaría exactamente un minuto y ocho segundos salir del edificio. No era mucha ventaja y la necesitaría toda. Un tabique deslizante daba a la habitación del cambio de etiquetas. Ninguno de los robots levantó la vista cuando atravesé la nave..., y me habría sorprendido que lo hubieran hecho. Todos eran de tipo M de clase inferior, escasos de cerebro y útiles solo para un trabajo simple y rutinario. Esa era la razón por la cual los había alquilado. No tenían la menor curiosidad sobre por qué estaban despegando etiquetas de unos botes llenos de productos nitrógenados o qué era lo que había al otro extremo de la cinta transportadora que traía los botes. Ni siquiera levantaron la vista cuando abrí *la puerta que nunca estaba abierta* y que permitía el acceso al otro lado de la pared. La dejé abierta después de pasar, pues ahora ya no tenía secretos.

Corriendo al lado de la ruidosa cinta, me metí por el agujero irregular que había hecho en la pared de los almacenes del Gobierno. También tuve que instalar la cinta yo mismo, pues esto y el agujero eran actos ilegales de los que me ocupé personalmente.

Otra puerta cerrada daba paso a los almacenes. El camión de horquilla elevadora estaba apilando botes, sin parar, sobre la cinta, y agarrando otros nuevos de montones que llegaban hasta el techo. Esta horquilla elevadora apenas tenía el cerebro suficiente para ser llamada robot, y se limitaba a seguir las instrucciones programadas para cargar las latas. Pasé, rodeándola, y crucé la nave al trote. Detrás de mí, se apagaban los sonidos de mi actividad ilegal. Oír cómo funcionaban todavía a plena marcha me proporcionaba una agradable sensación.

Esta era una de las estafas más primorosas realizadas en mi vida. Con un pequeño desembolso de capital, había alquilado la nave que daba a la parte posterior del almacén del Gobierno. Un simple agujero en la pared y tuve acceso al total de existencias de mercancías almacenadas, suministros a largo plazo que sabía que habrían de permanecer intactos, durante meses o años, en un depósito de semejante capacidad. Sin ser tocados hasta que aparecí yo.

Después de haber perforado el agujero e instalado la cinta transportadora, el resto fue simple cuestión de negocios. Alquilé los robots para quitar las etiquetas viejas y colocar las multicolores que había mandado imprimir. Luego comercialicé mis mercancías de una manera estrictamente legal. Mis productos eran los mejores y, debido a mi ingeniosa operación, mis costes eran muy bajos. Me podía permitir vender más barato que mis competidores y obtener, sin embargo, un buen beneficio. Los mayoristas locales no habían tardado en darse cuenta de la ganga y tenía pedidos

por adelantado para varios meses. Había sido un buen negocio... y podría haber seguido siéndolo durante una buena temporada.

Ahogué estos pensamientos antes de que comenzasen. Una lección que conviene recordar en esta clase de negocios es que, cuando una operación se termina, ¡se termina! La tentación de continuar, aunque solo sea un día más, o de cobrar otro cheque puede ser casi fatal. ¡Ah!, qué bien lo sabía. Y también que era la mejor forma de ser más conocido por la policía.

Vuélvete y aléjate..., y vive otro día para disfrutarlo.

Este es mi lema y es bueno. He llegado a ser lo que soy gracias a que me ceñí a él.

Soñar despierto no es la mejor forma de escapar de la policía.

Cuando llegué al final del pasillo, aparté todo pensamiento de mi imaginación. La zona debía de estar bullendo de policías en este momento, y yo tenía que moverme rápido y sin fallos. Una última mirada a derecha e izquierda. Nadie a la vista. Dos pasos adelante y oprimí el botón del ascensor. Había puesto un contador en el ascensor de atrás e indicaba que el aparato solo se utilizaba una vez al mes por término medio.

Al cabo de tres segundos aproximadamente llegó, vacío, y entré de un salto, pulsando al mismo tiempo el botón que llevaba hasta el tejado. La ascensión pareció durar una eternidad, pero solo fue algo subjetivo. Según el registro, tardó exactamente catorce segundos. Ahora venía la parte más peligrosa del

trayecto. Cuando el ascensor disminuyó su marcha, me puse tenso. Tenía mi sin-retroceso calibre 75 en la mano, que bastaría para terminar con un policía, pero solo con uno.

La puerta se abrió, deslizándose, y me sentí aliviado. Nada. Debían de haber cubierto toda la zona de abajo, de forma que no se molestaron en poner policías en el tejado.

Ahora, al aire libre, podía oír por primera vez las sirenas..., un sonido maravilloso. Debía de haber puesto en pie a la mitad de las fuerzas de policía, a juzgar por la intensidad del ruido que estaban haciendo. Lo acepté como un artista acepta un aplauso.

Los tablones estaban detrás de la torre del ascensor, donde los había dejado. Algo deteriorados por el tiempo, pero resistentes. En unos pocos segundos, los llevé hasta el borde del parapeto y los pasé por encima hasta el próximo edificio.

Poco a poco: este era el momento en el que la velocidad no importaba. Me subí cuidadosamente al extremo del tablón y mantuve el maletín contra el pecho para conservar mi centro de gravedad. Un paso cada vez. Una caída de 300 metros hasta el suelo. Si uno no mira abajo, no cae...

Se acabó. Ahora, rapidez. El tablón detrás del parapeto; si no lo veían a la primera, mi rastro quedaría oculto, al menos durante un rato. Diez rápidos pasos y allí estaba la puerta que daba a la escalera. La abrí fácilmente —mal hubiera ido si no—, pues había puesto una buena cantidad de lubricante en las bisagras. Una vez dentro, eché el cerrojo y aspiré

larga y profundamente. No estaba aún sin aliento, y la peor parte, donde había corrido el mayor riesgo, ya había pasado. Dos minutos aquí sin ser interrumpido y nunca encontrarían a James Bolívar, alias Jim el Escurridizo, Di Griz.

Al llegar al tejado, la escalera formaba un cubículo mohoso y mal iluminado, que nadie visitaba nunca. Lo había comprobado cuidadosamente una semana antes por medio de células fonoópticas y siempre estaba desierto. El polvo parecía intacto, y no se veían más huellas que las de mis propias pisadas. Tenía que correr el riesgo de que nadie me hubiera vigilado desde entonces. En este negocio debe aceptarse un riesgo calculado.

Adiós, James di Griz, noventa y ocho kilos de peso, cuarenta y cinco años de edad aproximadamente, grueso de cintura y mandíbula pesada, típico hombre de negocios cuya fotografía adorna los archivos de la policía de un millar de planetas..., junto con sus huellas dactilares. Estas desaparecieron las primeras. Cuando uno las usa, se perciben como una segunda piel; con un toque de disolvente se desprendieron como un par de guantes transparentes.

Después desapareció toda mi ropa..., y luego la faja inversa..., aquella encantadora barriga ligada en torno a mi vientre que sujeta veinte kilos de plomo mezclado con termita. Un rápido enjuague del pelo con la botella de decolorante y mis cabellos recuperaron su tono natural castaño, y también las cejas. Los postizos de la nariz y de las mejillas dolieron al quitarlos, pero solo fue un segundo. Luego, las lentillas

azules. Este proceso me dejó desnudo como cuando vine al mundo, y con la sensación de haber nacido de nuevo. Y en cierto sentido era verdad. Me había convertido en un hombre nuevo, con veinte kilos menos, diez años más joven y unas características totalmente diferentes. El gran maletín contenía una muda completa de ropa y unas gafas de montura oscura que sustituían a las lentillas de contacto. Todo el dinero cabía perfectamente en mi maletín.

Cuando me enderecé, me sentía como si realmente me hubieran quitado diez años. Estaba tan acostumbrado a cargar aquel peso que nunca me daba cuenta de llevarlo... hasta que me lo quitaba de encima. Mis pies se movían como impulsados por resortes.

La termita se encargaría de borrar toda evidencia. Amontóné todo ello con los pies y accioné el detonador. Prendió con un gran estruendo, y botellas, vestidos, maleta, zapatos, peso y todo ardió con un alegre resplandor. La policía vería un lugar achicharrado y el microanálisis podría encontrar unas pocas moléculas procedentes de las paredes y del cemento del suelo, pero eso sería todo lo que conseguirían detectar. La llama de la termita ardiendo proyectaba sombras oscilantes en el ambiente mientras yo bajaba tres plantas, hasta la ciento doce.

La suerte aún me acompañaba; no había nadie en el piso cuando abrí la puerta. Un minuto más tarde, un ascensor rápido me llevaba, junto con un puñado de tipos, hombres de negocios, al vestíbulo.

Solamente estaba abierta una puerta que daba a la calle y una cámara de TV portátil la enfocaba. No

había ningún intento de detener a la gente que entraba y salía del edificio, ni tampoco la mayoría se daba cuenta de la cámara ni del pequeño grupo de policías en torno a ella. Me adelanté con paso indiferente. Unos nervios de acero cuentan mucho en este negocio.

Durante un instante, estuve encuadrado en el campo de aquel frío ojo de cristal y, un momento después, había pasado. No ocurrió nada, de forma que comprendí que estaba a salvo. La cámara estaba conectada directamente con el ordenador principal en la jefatura de policía. Si mi aspecto hubiese sido lo suficientemente parecido al que tenían en el archivo aquellos robots, lo hubieran detectado y habría sido atrapado antes de que pudiera dar un paso. Uno no puede adelantarse a una combinación de robot-ordenador, dado que se mueven y reaccionan en microsegundos, pero uno puede adelantarlos con el pensamiento. Y yo lo había hecho una vez más.

Un taxi me llevó a unas diez manzanas de distancia. Esperé a que estuviera fuera de mi vista y paré otro. Hasta que monté en el tercero no me encontré lo suficientemente seguro como para ir a la terminal del espacio. El sonido de las sirenas iba disminuyendo poco a poco, y solo un coche aislado de policía pasó velozmente en dirección opuesta.

Seguro que estaban armando un gran alboroto por algún pequeño hurto, pero así se actúa en estos mundos supercivilizados. El delito es ahora una rareza tal que la policía se deja llevar cuando se encuentra con alguno. En cierto modo no puedo reprochárselo, ya

que poner multas de tráfico debe de ser un trabajo terriblemente aburrido. Realmente, creo que deberían estarme agradecidos por proporcionarles un poco de emoción en sus, de otra forma, aburridas vidas.